

Strand 1: Art Nouveau Cities: between cosmopolitanism and local tradition

LA ZARAGOZA MODERNISTA: UNA CIUDAD PARA EL RECUERDO

Dra. María Pilar Poblador Muga
Departamento de Historia del Arte
Universidad de Zaragoza

El aspecto de una ciudad va transformándose con el paso del tiempo y a veces los cambios son sutiles, casi imperceptibles, pero otras son profundos e incluso dramáticos. Pocos vestigios quedan de la Caesaraugusta romana fundada por César Augusto y de la Saraqusta musulmana, algo más de la Zaragoza medieval, renacentista y barroca. Sin embargo, la heroica defensa de la ciudad, durante los Sitios de 1808 y de 1809, enfrentándose a las tropas napoleónicas, escribió una página dorada de la historia con un alto coste en vidas humanas y deterioró e incluso ocasionó la pérdida de un importante patrimonio arquitectónico y artístico, dejando la huella de un asedio, casa por casa, lento y dramático, lastrando su desarrollo durante décadas.

Como el ave fénix, resurgiendo de sus cenizas, a finales del siglo XIX la capital aragonesa inició un proceso de transformación y expansión urbana, al consolidar su papel protagonista del valle del Ebro y una incipiente industrialización, superando los cien mil habitantes, y un anhelo de progreso y modernidad transformó su viejo caserío. Lamentablemente, de aquella Zaragoza en cuyas calles latía el ensueño de la *Belle Époque*, reflejo de las tendencias más novedosas llegadas desde París, Viena y Bruselas, que admiraba el florecimiento de Barcelona o Bilbao fortalecidas por su crecimiento económico, con su burguesía codeándose en la época estival con lo más granado de la alta sociedad en las playas de San Sebastián, de esa ciudad poco queda. Decir que Zaragoza fue una ciudad modernista parece una mera ilusión, una quimera sin fundamento, pero no fue así; el Modernismo triunfó en la arquitectura local, aunque bien es cierto que fue una moda acogida con entusiasmo y olvidada con prontitud. Es evidente a todas luces que la arquitectura zaragozana careció de la potencia creadora de la barcelonesa, impulsada ésta por una sociedad que vivía una época dorada con su despegue industrial y comercial, pero no deja de ser cierto también que fue, y decimos fue porque desgraciadamente no se ha conservado mucho, uno de los núcleos más importantes dentro del panorama nacional. Así en 1964 el profesor Federico Torralba (1913-2012), catedrático del Departamento de Historia del Arte, de la Universidad de Zaragoza, lo afirmaba:

«El estilo “modernista” hace de Barcelona uno de sus fundamentales museos y, como repercusión, Zaragoza se llena de construcciones –no como en otras ciudades españolas, en que si hay ejemplos de estilo con carácter excepcional no constituyen cantidad– y, en piezas

importantes o secundarias, reúne una nutridísima serie, en su mayor parte hoy desaparecida, pero que, en su momento, debieron dar tono decididamente avanzado a la creciente ciudad.»¹

El valioso testimonio del profesor Torralba denunciaba la pérdida de muchas obras, ya desaparecidas a mediados del mediados del siglo XX. Derribos y reformas agresivas que no cesaron, a pesar de las protestas, y siguieron realizándose décadas después mermando un interesante patrimonio, hasta el punto de que en la actualidad decir que el Modernismo triunfó en la capital aragonesa parece aparentemente una entelequia sin fundamento. Pero nada más lejos de la realidad.²

Sin embargo, el Modernismo llega a Zaragoza en 1900, en el umbral de la nueva centuria. Flores de carnosos pétalos, tallos ondulantes y delicados, hojas mecidas al viento, líneas en *coup de fouet* o golpe de látigo y figuras femeninas con sensuales cabelleras, propios de su repertorio decorativo, cubrirán con sus formas desenfadadas y atrevido movimiento fachadas e interiores de viviendas, adornarán muchos establecimientos públicos y locales comerciales, introduciéndose el estilo bajo una primera influencia del *Art Nouveau* francés, tomando París y Bruselas como modelo, al que se sumará la tendencia floral catalana y, en especial, los motivos inspirados en las propuestas ornamentales de Luis Doménech y Montaner, reflejo de la gran transformación vivida por aquella época en Barcelona y debido, sin lugar a dudas, a la fascinación que la nueva edificación ejercía sobre los arquitectos zaragozanos y, sobre todo, ante aquellos que se estaban formando en la Escuela de Arquitectura la Ciudad Condal. Un estilo que alcanzará su momento de esplendor coincidiendo con la celebración de la Exposición Hispano-Francesa de 1908, organizada para conmemorar el Centenario de los Sitios, hasta ir languideciendo con el estallido de la Gran Guerra, un conflicto bélico que conmoverá a la sociedad europea, provocando el eclipse definitivo del estilo hacia 1920, consecuencia de los cambios en el gusto de la sociedad occidental, hasta el punto de que algunos locales y viviendas modernistas se redecoran al considerarlos demodé,³

¹ Federico TORRALBA SORIANO, “El estilo modernista en la arquitectura zaragozana”, *Zaragoza*, 1964, vol. XIX, pp. 139-140.

² María Pilar POBLADOR MUGA, *La arquitectura modernista en Zaragoza*, Zaragoza, Universidad, Servicio de Publicaciones, Prensas Universitarias, CD-rom, 2003, [tesis doctoral íntegra].

³ Lamentablemente, muchas de estas reformas provocaron la desaparición de su decoración interior: María Pilar POBLADOR MUGA, “Espacios ayer vividos y hoy olvidados. La fotografía como fuente para la recuperación del ambiente interior de la arquitectura zaragozana a comienzos del siglo XX”, en *Espais Interiors. Casa i Art. Des del segle XVIII al XXI = Espaces Intérieurs. La Maison et l'Art (XVIII-XXè siècles)*, Rosa M. Creixell y Teresa M. Sala (ed. Universitat de Barcelona) y Esteve Castañer (ed. Universitat de Perpinyà), [Perpiñán y Barcelona, enero 2006], Barcelona, Universidad de Barcelona, GRACMON (Grup de Recerca en Història de l'Art i del Disseny contemporanis), CRHISM (Centre de Recherches Historiques sur les Sociétés Méditerranéennes, [tres soportes: actas pp. 433 - 445 + CD-Rom + <http://www.ub.es/art/recerca/JORNADES/comunicacions.htm>]. María Pilar POBLADOR MUGA, “Estancias vividas e imaginadas. La decoración de interiores en la arquitectura

fruto de una moda extravagante, superflua y diametralmente opuesta a las novedosas tendencias del racionalismo que comenzaba a triunfar buscando la sinceridad de las formas, la funcionalidad y la pureza de los volúmenes, intentando desprenderse de un esteticismo que, mediante los sutiles toques geometrizarantes de un sintético *Art Déco*, todavía mantiene una inclinación por el ornamento. Mientras la severidad decorativa de un regionalismo, evocador de glorias patrias, irá transformándose desde la exaltación de lo aragonés con sus formas neorrenacentistas, cuya fuente de inspiración había sido la arquitectura palacial del siglo XVI, diluyéndose en un neoplateresco, durante el gobierno del general Primo de Rivera, emblema de las esencias hispanas, desplegando un repertorio de medallones, motivos de *candelieri*, arcos de medio punto y balaustradas clasicistas.⁴

A este cambio del gusto, que poco a poco iba fraguándose y que ocasionó la paulatina desaparición del Modernismo, se sumó la especulación inmobiliaria que, desde mediados del siglo XX, arrasó muchos de los edificios modernistas de la capital aragonesa, precisamente porque la mayoría se encontraban estratégicamente situados, en solares privilegiados y ambicionados por la implacable ley de la oferta y la demanda, erigidos por una burguesía que instalaba sus viviendas, locales comerciales o de esparcimiento, unas veces en las calles más importantes y con mejores condiciones de habitabilidad del centro histórico y otras en las principales y mejor comunicadas arterias de los nuevos ensanches. Muchos de ellos derribados y otros víctimas de reformas poco respetuosas, a pesar de las continuas denuncias de especialistas y defensores del patrimonio, su fugaz existencia en algunos casos ha quedado plasmada en viejas fotografías, en otros en planos conservados en el Archivo Municipal de Zaragoza (AMZ) o en los guardados por algunos descendientes de los arquitectos que los concibieron, pero incluso existen casos en los que desconocemos su aspecto, así sucede con algunas viviendas construidas en calles privadas antes del año 1913, puesto que hasta el año 1912 el Ayuntamiento de Zaragoza consideraba en sus ordenanzas que no era competencia municipal autorizar este tipo de obras y, por tanto, al no haberse tramitado la correspondiente licencia resulta muy dificultoso recabar algún tipo de información sobre sus promotores, los arquitectos que las diseñaron y precisar con exactitud su cronología.

Volver la mirada al pasado y recuperar todo este patrimonio olvidado, permite realizar una valoración crítica y determinar hasta qué punto este estilo triunfó en la capital aragonesa, corroborando las palabras antes citadas del profesor Torralba, cuando afirmaba que en Zaragoza había existido una gran cantidad de obras modernistas. Efectivamente, así fue.

El Modernismo y la arquitectura efímera

doméstica zaragozana de comienzos del siglo XX”, en *Aragón. Turístico y monumental*, Zaragoza, S.I.P.A. (Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón), junio, 2006 núm. 360, pp. 9 – 13.

⁴ María Pilar POBLADOR MUGA, “La arquitectura regionalista en Aragón: del regeneracionismo aragonesista al casticismo hispano”, en *Actas IV Jornadas de Arquitectura y Regionalismo*, [marzo 2005], Córdoba, Universidad, 2013, [en prensa].

Desde finales del siglo XIX la ciudad de Zaragoza fue escenario de diversos acontecimientos políticos y sociales que impulsaron el levantamiento de interesantes arquitecturas efímeras, como la visita de la reina Isabel II en 1860 o en 1881 las celebraciones de la inauguración de las obras de construcción de la línea de ferrocarril internacional por Canfranc (Huesca). Como sucedía en otras muchas ciudades españolas, la capital aragonesa engalanó sus calles principales con construcciones que, de manera provisional, servían no sólo para conmemorar alguna efeméride sino también como tubo de ensayo para las propuestas más atrevidas desde el punto de vista estilístico y, con la llegada de la nueva centuria, el Modernismo con su delirio ornamental sirvió de inmejorable reclamo para un público que fascinado contemplaba su fugaz presencia.

Uno de esos acontecimientos excepcionales sucedió en 1903, con motivo de la primera visita oficial de Alfonso XIII a la capital aragonesa, tras subir al trono. Fueron erigidos tres arcos en el céntrico paseo de la Independencia, con el propósito de que el joven monarca los atravesara montado en su caballo, ante el júbilo del público presente. El primero de ellos, de líneas luidas y ondulantes, fue diseñado en el taller del Regimiento de Pontoneros en representación del Ejército. El segundo de ellos fue levantado por el Ayuntamiento de Zaragoza y de sus trazas se encargó Ricardo Magdalena, arquitecto municipal, combinando un modernismo floral con un toque neomedievalizante, en sus almenas y merlones, oriflomas mecidas por el viento y símbolos heráldicos alusivos a la ciudad y al monarca y, lo más interesante, con un arco de luz elíptica de reminiscencias gaudinianas. Y, finalmente, el patrocinado por la Real Maestranza de Caballería, diseñado por un joven ingeniero llamado Manuel de Isasi-Isasmendi, propietario de una fábrica de yesos. Este arco estaba decorado con maceros y antorchas y, en su remate, una réplica que curiosamente mimetizaba las barandillas del Metro de París, recientemente diseñadas por Hector Guimard, el gran representante del *Art Nouveau* francés, como así reflejan las imágenes fotográficas que plasmaron este evento. (fig. núm. 1)

Al año siguiente, en octubre de 1904, nuevamente otra arquitectura efímera engalanará la céntrica plaza de la Constitución, hoy conocida como de España. Se trataba de un castillo provisional, posiblemente de madera y cartón piedra, diseñado por el mencionado arquitecto municipal, Ricardo Magdalena. Evocaba las formas medievalizantes del *Castell dels Tres Dragons*, erigido por Luis Doménench y Montaner, como restaurante para la Exposición Universal de Barcelona de 1888, mezclados con carnosos ornamentos florales. Se trataba de una obra pensada para el cuerpo de bomberos de la ciudad hiciera una demostración, dentro del programa de actos de las Fiestas del Pilar, aunque finalmente su destino fue otro; ya que coincidió con la inauguración del monumento a los Mártires de la Religión y de la Patria, obra de Agustín Querol, y para evitar que las llamas le afectaran finalmente sirvió para la quema de un castillo de fuegos artificiales.

Aunque, si lugar a dudas, con la celebración de la Exposición Hispano-Francesa de 1908 el entusiasmo por el Modernismo llegó a su punto culminante. Para conmemorar el centenario de la heroica defensa de la ciudad, durante los Sitios de Zaragoza, se erigieron algunas construcciones en este estilo, fundamentalmente pabellones, arcos de

entrada, quioscos y garitas, que aportaron una imagen de modernidad y renovación, la mayoría de ellas diseñadas por el arquitecto encargado de la muestra y municipal de la ciudad, nuevamente Ricardo Magdalena, e influenciadas del modernismo floral de Luis Doménech y Montaner y por la *Secession* vienesa y en especial de la obra de Otto Wagner, como los dos grandes arcos de entrada, uno en el paseo de la Independencia para acoger los fastos organizados para la visita real y otro como acceso al recinto patrocinado por Eléctricas Reunidas de Zaragoza, los pabellones de Maquinaria y Tracción, el Ilusiorama o lugar de proyecciones, destacando el Gran Casino (fig. núm. 2), una obra que aglutinaba las funciones de café, restaurante y teatro, envuelta en el encanto de un modernismo floral evocador de obras como la casa Lleó Morera (1902-1903) o el Palau de la Música Catalana (1905-1908), que precisamente estaban siendo erigidos por aquellas mismas fechas en Barcelona. Unas arquitecturas efímeras que recibieron la admiración y aplauso unánime del público, e incluso de la crítica local, no siempre favorable a este estilo, muy distanciadas de un neorrenacimiento que también triunfó, pero en este caso para las construcciones levantadas con propósito de perdurar tras el evento. Así, el edificio de Museos, obra del propio Magdalena junto a Julio Bravo, por aquel entonces arquitecto de la Diputación Provincial, evocó en sus trazas el palacio aragonés del siglo XVI, emblema de un regionalismo aragonésista, vinculado con las ideas del regeneracionismo impulsado desde la política por pensadores como Joaquín Costa y, de manera similar, el pensado para que tras la muestra sirviera de Escuela de Artes y Oficios, obra del prestigioso Félix Navarro, mezclaba en su fachada principal el neorrenacimiento con toques decorativos neomudéjares y modernistas. Esta dualidad entre el Modernismo y los historicismos, a la hora de optar por distintos estilos según se tratara de obras de carácter efímero frente a otras estables pensadas para perdurar, fue una constante por aquellas fechas en este tipo de eventos; así en la gran Exposición Universal de París de 1900 el Modernismo se redujo a la decoración de algunos interiores de stands expositivos y pabellones de segunda fila, como el restaurante y cabaret la Belle Meunière junto al Trocadero, obra de Guillaume Tronchet, o el Pavillion Bleu, diseñado por Gustav Serrurier-Bovy y René Dulong, frente al neogótico elegido para el Viejo París o la mayoría de los pabellones nacionales, que se asomaban al Sena en la llamada Rue des Nations, o incluso aires neobarrocos para obras principales como Le Chateau d'Eau. De la misma manera que en 1909, para el caso español, en la exposición Regional Valenciana se optó por el neogótico, para edificios pensados para pervivir tras el evento, como el Pabellón del Ayuntamiento. No obstante, su efímera presencia contribuyó a crear un ambiente modernista en la ciudad, reflejo del anhelo de progreso y renovación que latía entre los zaragozanos.⁵

⁵ María Pilar POBLADOR MUGA, “Arquitecturas efímeras en la Zaragoza de comienzos del siglo XX”, *Actas del Segundo Congreso Nacional de Historia de la Construcción*, [La Coruña, octubre, 1998], La Coruña, Universidad, Sociedad Española de Historia de la Construcción, Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU), Centro de Estudios y Experimentación de Obras Públicas (CEDEX), Mº de Fomento, Instituto Juan de Herrera (Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid), 1998, pp. 397 – 407. Formato digital: www.sedhc.es/biblioteca/actas/CNHC2_052.pdf. Ascensión HERNÁNDEZ MARTÍNEZ y María Pilar POBLADOR MUGA, “Arquitectura efímera y fiesta en la Zaragoza de la transición del siglo XIX al XX”, *Artigrama*, Zaragoza, Universidad, Departamento de Historia del Arte,

El Modernismo y los establecimientos públicos

Decenas establecimientos públicos también aportaron, con sus diseños modernistas, una nota decorativa al paisaje urbano de la capital aragonesa; pero muy poco queda de estos locales, hoy todos desaparecidos salvo un par de excepciones. Sólo se han conservado Semillas Gavín, en el lateral del Mercado Central, y la portada de la joyería La Joyita, en la actualidad sede del Cuatro Espacio de la Diputación Provincial de Zaragoza. Nada más.

Sin embargo, si nos atenemos a la documentación conservada en el mencionado AMZ, la capital aragonesa contaba con una gran cantidad de establecimientos modernistas, como así es posible constatar a partir de las licencias de obras, para instalación o reforma, unas ochenta aproximadamente, con sus portadas y escaparates, sus toldos o sus marquesinas y sus rótulos anunciadores, algunos de los cuales precisamente en esta época comenzaron a ser luminosos, aunque en la inmensa mayoría de los casos se desconoce el aspecto interior que pudieron presentar, al haber desaparecido hace mucho tiempo.

El café Oriental situado en pleno corazón de la ciudad, en la plaza de la Constitución (hoy de España), correspondiente al núm. 39 del Coso esquina a la calle de los Mártires justo en la entrada del popular Tubo, será el primer establecimiento público que se decore en el año 1900. Este lugar de tertulias, pionero en adoptar este estilo, toma sus referentes en un *Art Nouveau* parisiense. Le seguirán el restaurante Torino Modernier en la calle Don Jaime núms. 36 y 38 (1903), la pastelería Ceres en el paseo de la Independencia núm. 16 (1903), el café de Levante ubicado en su primer emplazamiento junto a la puerta del Carmen (1903) y el primer y modesto Bazar X que se abre el Coso núm. 27 (1904), entre otros.

Hacia 1905, el estilo comienza a consolidarse como reclamo para el público y dos cinematógrafos, el llamado Palacio de la Ilusión y el regentado por el prestigioso fotógrafo Ignacio Coyne, abrirán sus puertas siguiendo las trazas de sus nuevas propuestas decorativas, tan al gusto de la *Belle Époque*. Aunque, si lugar a dudas, la influencia de la Exposición Hispano-Francesa de 1908 y sus arquitecturas provisionales dejarán su huella en la arquitectura, el mobiliario urbano y, como no podía ser de otra manera, en las portadas de los establecimientos públicos, donde la fuerza y el vigor de

2004, núm. 19, pp. 155-195. Ascensión HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, y María Pilar POBLADOR MUGA, “La Exposición Hispano-Francesa de 1908: balance de una experiencia arquitectónica singular a la luz de un siglo”, *Artigrama*, Zaragoza, Universidad, Departamento de Historia del Arte, 2006, núm. 21, pp. 147-168. María Pilar POBLADOR MUGA, “Imágenes para el recuerdo: Cuando la arquitectura efímera perdió su condición de fugaz testigo de la historia”, *Actas del XVII Congreso Nacional del CEHA*, [Barcelona, del 22 al 26 de octubre de 2008], Barcelona, Universidad de Barcelona, 2008, resumen publicado en www.ub.edu/ceha-2008/pdfs/09-m02-s02-com_39-mppm.pdf, [en prensa].

las líneas en golpe de látigo, de las decoraciones vegetales y florales invadiendo las superficies, las cabelleras femeninas y los ropajes evanescentes adheridos a sus cuerpos, la espectacularidad de los arcos ultrasemicirculares y los tonos ámbar, rosa, verde y lila, poco a poco irán transformándose hacia una geometrización de la *Secession* vienesa. Un ambiente vibrante y lúdico que se refleja en la platería de Rafael Grilló en la calle de Alfonso I (1905), en la tienda de comestibles de Mariano Sanz en el paseo Independencia núm. 11 (1906), en la farmacia del señor Pin con doble entrada por las Escuelas Pías y por la calle Cerdán (1906), en el Salón Variedades en el paseo de la Independencia núm. 24 (1906), en la peletería, guantería, perfumería y abaniquería Antigua Catalana en la calle de Alfonso I núm. 34 (1907), en la farmacia Nueva del señor Puig en la calle del Azoque según proyecto realizado por el arquitecto catalán Juan Rubió y Bellver que aporta una combinación con aires neogóticos (1907), en los talleres del periódico *El Noticiero* en el Coso núm. 86 (1907), en el núm. 85 la confitería de Bernardo Fantoba (1908), en el núm. 52 las oficinas de la Fábrica del Gas (1909), en la tienda de instrumentos musicales de la Vda. de Perales en la calle Don Jaime I núms. 29 y 31 (1909), en el Nuevo Café de París diseñado por el gran arquitecto tarraconense Ramón Salas (1909-1910), en la joyería la Joyita en el Coso esquina a la plaza de la Constitución (1910 -1912), en el Salón Parisiana en Independencia núm. 37 (1910), obra de Félix Navarro y dedicado espectáculos de variedades, recordando en su nombre al local diseñado Edouard Niermans en el 27 del boulevard Poissonnière de la capital francesa, por destacar algunos de los más populares.

Sin embargo, el estallido de la Gran Guerra supone el abandono paulatino e inexorable de las formas modernistas, que van sustituyéndose por lenguajes propios de un sobrio eclecticismo clasicista, con algunos casos excepcionales como la portada de la tienda de maquinaria agrícola de la Vda. de Archanco en la calle de Contamina (1914), junto a la céntrica calle de Alfonso I, realizado por Matías Abad, el gran maestro turolense de la forja, cuya decoración, constituida piezas de hierro ensambladas, todavía se conserva aunque desmontada, con sus líneas ondulantes combinadas con dragoncillos medievalizantes.⁶

Cafés, restaurantes, cinematógrafos y salas de espectáculo y todo tipo comercios utilizaron como reclamo las formas modernistas. De la inmensa mayoría de estas obras poco sabemos, sólo conservamos bocetos de los proyectos presuntamente utilizados para sus portadas y, en algunos casos, fotografías antiguas, pero la decoración de los interiores constituye una gran incógnita, salvo las imágenes del café Moderno, en la esquina de la calle de Alfonso I con el Coso y, ubicado frente a él, las del cinematógrafo Ena Victoria, proyectado por Miguel Ángel Navarro, en 1912.

Viviendas y otros edificios modernistas

⁶ Antonio PÉREZ SANCHEZ, "Forja modernista", *De lo útil a lo bello: Forja tradicional en Teruel*, [catálogo exposición], com. Beatriz Ezquerra Lebrón y Jaime D. Vicente Redón, Teruel, Museo de Teruel, 1993, pp. 61-75 y foto p. 135.

La nómina de edificios desaparecidos, debido a reformas o derribos, es escalofriante. Como ejemplos lamentables de reformas, mutilaciones y demoliciones, hemos seleccionado algunos que pueden resultar ilustrativos.

En primer lugar, el edificio ubicado en la calle de Costa núm. 6, esquina a Isaac Peral, una obra proyectada en 1911 por un joven y brillante arquitecto local, llamado Francisco Albiñana Corralé, representante de un Modernismo que combina la influencia floral catalana con cintas verticales de procedencia vienesa para adorno de unas fachadas perfectamente estructuradas, recién titulado ese mismo año por la Escuela de Arquitectura de Barcelona, y que con el paso del tiempo evolucionará hacia un decidido y renovador racionalismo. Se trataba de un edificio de viviendas de alquiler encargadas por un promotor llamado Joaquín Prat Millán, que regentaba una empresa constructora, pero el trazado de los planos conservados en el AMZ son un mero esbozo de las líneas maestras compositivas, sin apenas precisar detalles decorativos. Actualmente, de su interior sólo se conserva el portal y al exterior la distribución de sus vanos, ya que fue derribado parcialmente dejando tan a penas el lienzo de la fachada; no obstante, dado que se conserva una foto realizada en el estudio Coyne, a principios de siglo, se aprecia la delicada ornamentación de influencia secesionista que lució al exterior, eliminada tras su reforma.⁷

Este mismo arquitecto, justo al año siguiente, en 1912, es el encargado de realizar el Casino Mercantil, Industrial y Agrícola a partir de la estructura de un palacio renacentista, el de los Coloma, colocando una nueva y espectacular fachada en la que combina un aire vienés, mediante una composición perfectamente estructurada, una delicada y carnosa decoración floral tallada en la piedra, en la línea de Luis Doménech y Montaner, erigiendo en el lado oeste un airoso torreón, cubierto con pequeñas losetas hexagonales de cerámica vidriada en tonos azules y verdes, rodeado por una ligera barandilla en hierro forjado y rematado con un palomar, que presidía desde las alturas la terraza que era utilizada durante los meses de verano como restaurante por sus socios. El edificio se conserva, hoy sede de Bantierra, magníficamente restaurado por José María Valero Suárez, pero el torreón fue demolido cuatro décadas después de levantarse.

Lamentablemente, este torreón o palomar del Casino Mercantil proporcionaba un airoso remate al edificio, aportando una composición asimétrica propia del Modernismo, cuya ausencia ha mermado considerablemente su aspecto prístino. No dejaría de ser más que un mero detalle, si no fuese porque en Zaragoza han desaparecido muchos remates que decoraban algunos edificios, a modo de torreones, cupulines y chapiteles, eliminados debido esencialmente a problemas de conservación; pero además, la pérdida de estos elementos ornamentales dificulta la búsqueda de las fuentes de inspiración utilizadas como modelo. En este sentido, las fotografías retrospectivas hoy nos permiten

⁷ POBLADOR MUGA, María Pilar, "En los albores del siglo XX: la arquitectura modernista en Zaragoza y el ambiente de progreso y renovación que acompañó a la Exposición Hispano-Francesa de 1908", VV.AA., *La modernidad y la Exposición Hispano-Francesa de Zaragoza en 1908*, [catálogo exposición, Paraninfo, diciembre 2004 - febrero 2005], Zaragoza, Universidad, Vicerrectorado de Proyección Social y Cultural y Relaciones Institucionales, 2004, pp. 97-119, foto p. 116.

compararlo con el que coronaba el Real Club Marítimo de Barcelona, obra de Enrique Sagnier, erigida entre 1911 y 1913, y también desaparecida. Por cierto, este torreón gustó tanto que se copió, poco después, para adornar los tejados de un edificio situado enfrente; como se constata en algunas imágenes retrospectivas, aunque también fue demolido con el paso de los años.

Un caso distinto es el de la casa del escultor Dionisio Lasuén, en la llamada calle del Arte, adyacente al céntrico paseo de Sagasta. La primera noticia sobre este hotelito es proporcionada en 1934 por Fernando Castán Palomar que, en su diccionario biográfico dedicado a *Aragoneses contemporáneos (Época 1900-1934)*, decía: “cuando proyectó y dirigió la construcción de su casa, en una calle particular que abría en el paseo de Torrero, dio a esta calle el nombre del Arte”.⁸ Pero, lamentablemente fue derribada a mediados del siglo XX y de esta obra sólo nos queda nuevamente el testimonio valiosísimo del profesor Federico Torralba, publicado en 1964, en el artículo de la revista *Zaragoza* antes citado, donde aparece una descripción acompañada de una fotografía: (fig. núm. 3):

“Monumento singular, tan lastimosamente desaparecido como algunos de los pabellones de la Exposición, fue la casita del escultor Lasuén (uno de los colaboradores de la Exposición), que estuvo emplazada en la entonces llamada calle del Arte, posiblemente por estas vecindades, hoy Bolonia, constituida por una disposición relativamente simple, pero adornada con evidente gracia y desenfado, entregada completamente al Modernismo, rematada por una a modo de marquesina curva o gran concha, que resaltaba de la fachada, constituyendo elemento principal en colaboración con los huecos curvos y característicos, para destacar una portada, flanqueada por figuras femeninas muy típicas de ese sentido fluctuante y decorativista (...); la chimenea, adosada al costado, era uno de los más pintorescos elementos de esta imaginativa villa, puesto que se trataba, nada menos, que de un tronco, presentado de modo casi naturalista, que subía pegado al muro remontando la altura de tejados.”⁹

Unos años más tarde, en 1977, el propio profesor Torralba aludía a “la fantasía de su estilo modernista hasta una gracia y desenfado casi surrealista”.¹⁰

Sin duda alguna, Dionisio Lasuén debió intervenir decisivamente en las trazas de su casa, algo lógico si recordamos que este escultor colaboraba con algunos arquitectos en

⁸ Fernando CASTÁN PALOMAR, *Aragoneses contemporáneos (Época 1900-1934)*, Zaragoza, Ediciones Herrein, 1934. Reeditado en: Zaragoza, El Día de Aragón, 1987, (Los libros de El Día; 46-50), voz: “Lasuén Ferrer, Dionisio”, p. 295

⁹ Federico TORRALBA SORIANO, “El estilo modernista...”, pp. 145-146.

¹⁰ Federico TORRALBA SORIANO, *Aragón: Arte*, p. 327.

las decoraciones de destacados edificios que se estaban construyendo, no sólo en Zaragoza sino en otras localidades, como en el Círculo Oscense de la capital altoaragonesa. Aunque, al menos por el momento, desconocemos si algún facultativo participó o colaboró en el diseño de este hotelito de la calle del Arte. Sobre esta cuestión, recordamos que en 1893 constituyó una sociedad bajo la denominación Lasuén, Martí y Cía. “para la construcción de artesonados, molduras, pequeños motivos ornamentales, etc.” y así, en 1904, se anunciaba en la prensa zaragozana como “escultor en todos los materiales, decorador y proveedor de pavimentos, tuberías, depósitos de aguas e, incluso, constructor de casas”, apuntando las investigaciones al año 1903 como probable fecha de inicio de las obras.¹¹

Si a lo expuesto añadimos que hasta mediados de 1912 no se expedían licencias de obras para construir en calles particulares, entre las que se encontraban algunas inmediatas al paseo de Sagasta, como la propia calle del Arte, sin duda bautizada así por Lasuén, ya que no era de competencia municipal, sólo podemos constatar la existencia de algunas construcciones, pero otras se nos escapan. Así sucede con el interesante edificio de viviendas, un rodeado por un jardín, de la calle de Maestro Estremiana núm. 1, antigua de las Estrellas, del que, al no haber encontrado documentación y tratarse nuevamente de una calle particular, se desconoce su autor e incluso su fecha exacta de construcción. Algo semejante ocurre con las extraordinarias villas o chalets construidos en 1905 en el paseo de Ruiseñores, por el ingeniero Manuel de Isasi-Isasmendi –autor del arco de entrada patrocinado por la Real Maestranza de Caballería, antes citado, levantado para la visita de Alfonso XII a la ciudad en 1903–, con unos airesos diseños propios de la arquitectura francesa y vienesa, de las que sólo conservamos algunas viejas fotografías al haber sido derribados hace muchas décadas.¹²

Un caso distinto es el de la casa de Emerenciano García Sánchez, una villa u hotel construido en el núm. 54 del paseo de Sagasta (**fig. núm. 4**). Erigida siguiendo el proyecto de Manuel Martínez de Ubago, firmado en 1909, un pamplonés afincado en la ciudad y autor del precioso quiosco de la Música levantado para la Exposición Hispano-Francesa junto con su hermano José. La casa fue incomprensiblemente derribada en 1976, a pesar de la mayoritaria oposición ciudadana, ya que se trataba de uno de los mejores y más bellos ejemplos del Modernismo zaragozano. Su propietario era un hombre destacado y prestigioso, presidente de la Diputación de Zaragoza desde 1913 y en 1917 del Banco Zaragozano, al sustituir a su hermano Bonifacio, y su familia había participado en la creación de la Azucarera Labradora de Calatayud. Su hermano, José García Sánchez, también tenía una villa de toques vieneses que Francisco

¹¹ MARTÍNEZ VERÓN, Jesús, *Arquitectura aragonesa: 1885-1920. Ante el umbral de la modernidad*, Zaragoza, COAA, 1993, (Monografías de Arquitectura; 4), pp. 46 y 47. Resumen de la tesis doctoral, dirigida por los Drs. Gonzalo M. Borrás Gualis y Federico Torralba Soriano..

¹² Pilar BIEL IBÁÑEZ, *Zaragoza y la industrialización: la arquitectura industrial en la capital aragonesa entre 1875 y 1936*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, p. 287.

Albiñana había reformado en 1914 en la calle de Lagasca, adyacente al mencionado paseo de Sagasta.¹³

La demolición fue comenzada sin licencia municipal y, aunque el Ayuntamiento ordenó su paralización inmediata, finalmente fue derribado. Al igual que la verja del jardín, su mirador en el chaflán presentaba unas preciosas labores con motivos vegetales de forja y la esquina estaba rematada por un torreón, en origen cubierta por un cupulín posteriormente eliminado, aportando una graciosa asimetría a su remate aterrazado, completada por un piñón escalonado de ritmos curvos de ecos gaudinianos, inspirados en obras como la barcelonesa casa Calvet, destacando en la planta noble una ventana bajo un arco parabólico tan característicos en la obra de Gaudí. Sólo nos quedan algunas fotografías del exterior y los planos, pero al menos sirven para confirmar que, efectivamente, Zaragoza hoy ha perdido gran parte de su patrimonio, pero a comienzos del siglo XX fue una ciudad en la que, el anhelo de renovación y progreso, confirió a sus calles un ambiente modernista, al que contribuyeron algunos artesanos de la ebanistería como Ezequiel y José González¹⁴ o también los Hermanos González (Antonio y Manuel), fundiciones como Averly, Pellicer y Juan, Alberto Bressel, Ignacio Andrés o Ramón Mercier, en rejería y cerrajería artística los talleres de Ramón Martín Rizo o Pascual González y en vidriería León Quintana y su hijo Rogelio.

¹³ María Pilar POBLADOR MUGA, “Casa de José García Sánchez”, en VV.AA., *Francisco Albiñana Corralé, 1882-1936. Arquitecto, político e intelectual*, Zaragoza, Colegio Oficial de Arquitectos de Aragón, Cajalón, Ayuntamiento de Zaragoza, 2004, pp. 98 y 99.

¹⁴ José González que era hijo de Ezequiel González y era discípulo del taller barcelonés de Gaspar Homar según: Alexandre CIRICI PELLICER, *El arte modernista catalán*, Barcelona, Aymá Editor, 1951, p. 242.